

## LOS VALORES SON Y SE HACEN

### Introducción

La palabra castellana “valor” viene del latín “valor, valoris” de “valere”, que indica “propriadamente” ser fuerte, vigoroso, potente, estar sano” (1). Es una palabra con un uso amplísimo. Se extiende para significar riquezas, dignidad, bondad, etc. Desde un punto de vista filosófico y teológico no todos están de acuerdo en lo que son los valores. Nosotros entendemos a la palabra valor en un sentido analógico y en cuanto señala algo que se identifica con el bien. Trataremos del bien y de los valores, en su razón formal; y luego en Dios y en las creaturas, desde el punto de vista del ser, de la causalidad y del mismo Dios.

#### I.- El bien, el valor y los otros trascendentales

El bien es uno de los trascendentales que se entienden junto al ente. El ente es aquello que es. Junto al ente se descubren otros trascendentales que señalan al mismo ente explicitando alguna razón del mismo, que no se dice aún en la pura enunciación del ente. Así están la “res”, el unum, el aliquid, el verum, el bonum y el pulchrum. Aquello que es y en tanto es, tiene siempre algo de lo señalado en ellos.

La “res” o cosa acentúa en el ente la esencia. El uno es el ente indiviso, afirma al ente y niega una división en el mismo. El algo, afirma al ente y a una división en el mismo; se afirma lo distinto; hay lugar para la pluralidad en el ente. El verum, dice al ente en orden al intelecto; explicita la inteligibilidad del ente; una cierta luminosidad. El bonum dice al ente en orden al apetito; añade al ente una apetitibilidad, lo que importa la perfección. La belleza dice al ente en orden al apetito del intelecto; explicita en el ente la perfección de la forma; lo que importa una integridad, armonía y claridad.

El bonum reúne en sí la explicitación del ente y de los otros trascendentales; y les añade sus notas propias de perfección y apetitibilidad. Así decimos que el bien es ente, cosa, uno, distinto,

inteligible o verdadero, bello y apetecible. A estos mismos predicados del bien los decimos del valor.

No todos ponen esta identidad entre el valor y el bien. Sino que algunos reducen al valor al orden intencional sin contenido real o disminuyendo su contenido real.

Pensamos que la realidad contiene una analogía del valor que debe ser atendida en el pensamiento y en el lenguaje. La palabra es una voz significativa ad placitum, esto es, libremente establecida. Hay una cierta libertad en la constitución de las palabras. Aunque queda siempre la necesidad de observar la conexión de la palabra con la verdad de la inteligencia en su adecuación a la realidad. Las palabras tienen su historia; y a veces requieren un tiempo para llegar a expresar todas las riquezas de la analogía; como consta por ej. con la palabra naturaleza (natura) que aparece significando la generación de los vivientes; y luego de un proceso significante llega a significar la esencia de la especie a la cual la significa la definición. (2)

En el caso, en el bien señalamos las razones de perfección y de apetito. El valor es algo apetecible; es el ente en cuanto perfecto y por tanto apetecible. Así se entiende la asimilación del valor y del bien. Decimos, “ésto vale”, señalando la perfección en cierto sentido de algo. Señalando una calidad intelectual, monetaria, etc. Pero esto mismo importa que esa realidad es apetecible.

Hay distinción entre el bien simplemente dicho y el bien en cierto sentido. S. Tomás dice:

“A cuya evidencia hay que saber, que como aparece por lo dicho, como el ente se multiplica en substancial y accidental, así también la bondad se multiplica; sin embargo hay diferencia entre uno y otro. Porque alguno se dice ente absolutamente por su esse substancial, pero por su esse accidental no se dice ser absolutamente: de donde en cuanto la generación sea un movimiento hacia el esse; en cuanto alguno alcanza el esse substancial, se dice ser generado simplemente; pero en cuanto recibe el esse accidental, se dice ser engendrado en cierta manera. Y de manera semejante es de la corrupción, por la cual el esse se pierde. Pero del bien es por el contrario. Pues según la substancial bondad se dice alguno bueno en cierta manera; pero según la accidental se dice alguno bueno simplemente. De donde al hombre injusto no le decimos bueno simplemente, sino en cierta manera, en cuanto es hombre; pero al hombre justo le decimos simplemente bueno. De la cual diversidad esta es la razón. Pues cada uno se dice ser ente en cuanto absolutamente se considera; pero bueno, como consta por lo dicho, art. 1, ad 6 arg. , según relación hacia otros. Pero en sí mismo alguno se perfecciona para que subsista por los esenciales principios; pero para que del debido modo se tenga hacia todos los que son fuera del mismo, no se perfecciona a no ser mediante los accidentes sobreañadidos a la esencia: porque las operaciones por las cuales uno se une a otro, son emitidas por la

esencia mediante las virtudes sobreañadidas a la esencia; de donde absolutamente a la bondad no la obtiene a no ser que esté completo según los principios substanciales y accidentales”(3).

El bien es aquello que es apetecible. Lo apetecible es lo perfecto. La perfección es por el esse. Consta también que el esse y la operación se dan en los singulares. De allí la necesidad en la referencia al bien y al valor de no frenarse en una consideración puramente ideal o universal, y de llegar plenamente a la realidad que se da en los singulares, especialmente en las hipóstasis y personas.

El bien es lo apetecible. La razón de apetito está en todos los entes. Una forma superior de apetición se encuentra en los entes que poseen conocimiento; en ellos se puede hablar de un afecto. La forma superior del afecto se encuentra en la voluntad que es el apetito consiguiente al intelecto. El bien y el valor se dan universalmente en el ente. Y principalmente en referencia a los seres con intelecto y voluntad.

También es importante la distinción del bien en honesto, útil y deleitable. S. Tomás expresa:

“Respondo diciendo que esta división propiamente parece ser del bien humano. Sin embargo, si de una manera más alta y común consideramos la razón de bien, se encuentra que esta división propiamente conviene al bien, según que es bien. Pues el bien es algo, en cuanto es apetecible y termina el movimiento del apetito. Pero la terminación de este movimiento puede considerarse a partir de la consideración del movimiento del cuerpo natural. Pero se termina el movimiento del cuerpo natural simplemente hacia el último; pero en cierta manera también hacia el medio, por el cual se va al último que termina el movimiento, y se dice algún término del movimiento, en cuanto alguna parte del movimiento termina. Pero aquello que es la última parte del movimiento, puede tomarse doblemente: o la misma cosa en la cual se tiende, en cuanto lugar o forma; o la quietud en esa cosa. Así por consiguiente, en el movimiento del apetito, aquello que es apetecible que termina el movimiento del apetito en cierto sentido, como medio por el cual se tiende en otro, se llama útil. Pero aquello que se apetece como último, que termina totalmente el movimiento del apetito, como cierta cosa en la cual por sí el apetito tiende, se llama honesto: porque honesto se dice aquello que se desea por sí. Pero aquello que termina el movimiento del apetito, como quietud en la cosa deseada, es la delectación. (Summa Theol. Op. cit. I, 5,6)

El mal es lo opuesto al bien. Es la privación de una entidad o perfección debida en un sujeto. Según que la entidad o perfección que se priva sea del orden natural, artificial o moral se considera el mal natural, artificial o moral.

## II.- Dios, el ser de infinita bondad y valor

Dios es el que es (4), el ipsum esse subsistens, el bien por esencia. Es de infinita bondad y valor. Es caridad, es impecable. Hay en Dios una Trinidad de personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Hay dos procesiones: procesión del Hijo a partir del Padre y procesión del Espíritu Santo a partir del Padre y del Hijo. Las procesiones divinas son orígenes espirituales e inmanentes en Dios del Hijo y del Espíritu Santo. Estas procesiones son en la inmutabilidad y eternidad de Dios. E importan comunicaciones de la naturaleza y por tanto del bien divino. Son comunicaciones ad intra del bien divino. El Padre, Principio no de principio, comunica la naturaleza divina por modo de intelecto y así origina al Hijo. El Padre y el Hijo comunican la naturaleza divina por modo de voluntad y así dan origen al Espíritu Santo.

Las personas divinas se identifican realmente con la naturaleza divina y se distinguen realmente entre sí. El Padre es relación subsistente y distinta de paternidad en la naturaleza divina. El Hijo es relación subsistente y distinta de filiación en la naturaleza divina. El Espíritu Santo es relación subsistente y distinta de procesión o espiración quasi pasiva en la naturaleza divina (Cf. S. Tomás, Summa Theol. I, 29).

El solo Dios verdadero es de una sola forma o Deidad al mismo tiempo absoluta y relativa, intrínsecamente comunicable en la esencia e incommunicable en las personas. Es numéricamente la misma naturaleza divina en las tres personas divinas. Hay una sola bondad en las tres personas divinas. En tanto es infinitamente bueno, Dios es infinitamente valioso en sí y para sí.

Por la infinitud del ser divino y la limitación de nuestra inteligencia, nosotros al considerar a Dios utilizamos las distinciones de razón. Así distinguimos según la razón a su bondad, inteligencia, justicia, misericordia, etc. Pero siempre se trata de un solo Dios absolutamente simple.

Existe Dios y existen las creaturas. Dios es el creador y así causa a las creaturas según toda su substancia en el esse o existencia, a partir de la nada.

### III.- Los valores se hacen.

#### 1. - La causalidad divina

Dios es y es causa final, eficiente y ejemplar de todas las creaturas.

Dios en sí mismo, en cuanto forma primera subsistente es causa ejemplar de todas las cosas. También en cuanto conoce y opera por su intelecto tiene en sí las ideas divinas de las cosas. Estas ideas divinas son las razones inteligibles de las cosas según las cuales Dios conoce todo lo creado y creable. Estas ideas divinas, en cuanto son de cosas que llegan a la existencia por la libre voluntad divina, se dicen ideas ejemplares. (5)

Dios tiene en sí los principios y leyes divinas según los cuales es en sí y según los cuales conforma a las creaturas que dicen una mayor o menor necesidad o contingencia. Por ej. el principio de no-contradicción, la ley de distinción real de esencia y esse en las creaturas, la ley eterna en cuanto afecta al orden moral, etc. Eternamente Dios conoce a las creaturas; y para que las mismas lleguen a la existencia en el orden del ser y de la operación se requiere la determinación de la libre voluntad divina. (Cf. S. Tomás, Summa Theol. Op. cit. 1,19,4) Las creaturas son a imagen y semejanza de Dios.

Dios es el fin último natural de todas las creaturas. Todas las creaturas operan por un fin. Las creaturas racionales, especialmente amadas por Dios, son convocadas por Dios en orden al fin último sobrenatural de la visión beatífica. Además, Dios realiza los misterios de la encarnación redentora de Cristo, de la maternidad divina de María y de su corredención en subordinación a Cristo, etc. El orden natural se subordina al sobrenatural de la gracia y de la visión beatífica. Y los dos a los misterios de la encarnación redentora de Cristo y de la maternidad divina y corredención de María Santísima.

Dios es la causa primera eficiente de todas las creaturas y opera en todo operante (6). Esta causalidad divina se ejercita en la creación y en la conservación de las cosas. Y Dios tiene con respecto a las creaturas una providencia y un gobierno divino. Particularmente con respecto a las creaturas racionales se distinguen en Dios los misterios de la Predestinación y de la Reprobación. Con respecto al problema del mal que hace malas a las creaturas y las desvaloriza, S. Tomás se pregunta en la Summa Theol. Op. cit. I, 19,9: “Si en Dios existe una voluntad de los males” y dice:

“Respondo diciendo que, en cuanto la razón de bien sea la razón de apetecible, como arriba se ha dicho /q.5, a. 1/, pero como el mal se opone al bien; es imposible que algún mal, en cuanto tal, se apetezca, ni por apetito natural, ni animal, ni intelectual, que es la voluntad. Pero algún mal se apetece per accidens, en cuanto es consiguiente a algún bien. Y esto aparece en cualquier apetito. Pues el agente natural no intenta la privación o la corrupción; sino la forma, a la cual es consiguiente la privación de otra forma; y la generación de uno que es la corrupción de otro. También el león, matando al ciervo, intenta el alimento, al cual se une la muerte del animal. De manera semejante el que fornicar intenta el deleite, al cual se une la deformidad de la culpa.

Pero el mal que se une a algún bien, es la privación de otro bien. Por tanto nunca se apetecería el mal, ni per accidens, a no ser que el bien al cual se une el mal, más se apeteciera que el bien que se priva por el mal. Pero a ningún bien Dios más quiere que a su bondad: pero quiere a algún bien más que a algún otro bien. De donde al mal de culpa, que priva del orden al bien divino, Dios de ninguna manera quiere. Pero al mal del defecto natural, o al mal de pena lo quiere, queriendo algún bien, al cual se une tal mal: como, queriendo la justicia, quiere la pena; y queriendo observar el orden de la naturaleza, quiere que algunas naturalmente se corrompan.”

Con respecto a las creaturas Dios se tiene como artífice. Tiene en sí la “recta ratio factibilium” que corresponde al arte. Y es causa de toda la entidad de la creatura en sus aspectos comunes y en sus aspectos más singulares. Siendo infinitamente perfecto, también lo es su obrar. La actividad divina con respecto a las creaturas es moralmente buena de un modo supremo. Dios es santo en su ser y en su obrar.

La moral es algo análogo en el ente racional. Y así se entiende como el recto orden de la operación racional o intelectual hacia el objeto moral. El objeto moral es el objeto en cuanto es bajo la norma moral.

En la obra de la creación se distingue el aspecto de bondad de la obra de Dios, en una insistente valoración que culmina con respecto a la creación del hombre y del conjunto del universo:

“... Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra; ...Y así fué. Y vió Dios ser muy bueno cuanto había hecho, y hubo tarde y mañana, día sexto” (Gen 1,3-27)

## 2.- Causalidad de las creaturas.

Dios participa su principialidad y causalidad en las creaturas. Las creaturas no son el bien infinito sino un bien finito; y por tanto, un bien compatible con el mal. Las creaturas son valiosas.

Desde la creación las creaturas pueden ejercitar su causalidad en distintos órdenes. Se distingue el orden natural de los cuerpos, vegetales, animales y racionales. El orden sobrenatural de la gracia. Y el orden sobrenatural de la encarnación redentora de Cristo.

En el orden natural racional se distinguen el orden especulativo y el práctico. Y esto se entiende análogamente con la distinción de vida contemplativa y activa del orden sobrenatural.

En estos distintos órdenes, en tanto la creatura bajo el dominio divino ejercita su causalidad segunda en el orden del bien, hay producción de valores.

Se destaca especialmente la realidad espiritual de la creatura. La creatura en cuanto accede al orden espiritual en orden a Dios, se dice, no simplemente a semejanza sino también a imagen de Dios, en cuanto procede del mismo según una imitación en el nivel quasi-específico divino, que es puramente espiritual. Por esta vía se descubren y establecen los bienes superiores de la creación, de la naturaleza y del orden sobrenatural y particularmente del orden especulativo y contemplativo, de la moral y del arte.

El hombre bueno ama a Dios y su amor espiritual se termina en Dios y compenetra espiritualmente al resto de su ser humano. El hombre ama con recto amor a las restantes creaturas y busca a Dios para ellas y tiende a compenetrarlas con lo divino y con su amor. Cuando una mujer cocina y ordena su espíritu hacia Dios, los alimentos algo toman de su sabor espiritual. S. Martín y Rosas entran en la constitución de la nuestra patria. El sonido de la guitarra de Andrés

Segovia tiene del espíritu del maestro. Así el hombre con su espíritu natural y sobrenatural debe completarse a sí mismo y a las restantes creaturas hacia Dios, aumentando el valor en el universo.

Sin embargo, el pecado aleja de Dios al hombre y coloca sobre el mismo y el resto de su universo una sombra desgraciada. Para salir de esto es imprescindible la intervención del Cristo Redentor y de su gracia. Mientras el hombre está en camino hacia la vida eterna, la gracia santificante y la caridad de Cristo en el alma importan la reconciliación personal del hombre con Dios y una plenitud de bien y de valor, a pesar de la permanencia de algunos males menores. De lo contrario el hombre queda en un camino de perdición. De allí la importancia de vivir en estado de gracia y caridad.

La visión beatífica completa la identidad perfectiva del hombre. Así se da una elevación de su naturaleza y una perfección por la gracia. Más aún, Dios mismo se comunica a la inteligencia de los bienaventurados. El sólo Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo comparte el diálogo amistoso y feliz con sus hijos adoptivos. Y en sí les entrega todo valor.

#### Cristo y la Virgen María

Cristo es el Hijo de Dios hecho hombre, hecho varón, por nosotros y por nuestra salvación. El misterio de la encarnación importa una elevación de la naturaleza humana constituída por Dios y la Virgen María para que la misma subsista en la persona divina del Hijo y exista con el esse divino. Esto importa también una elevación de los accidentes de Cristo y consecuentemente alguna elevación del resto del universo.

La encarnación redentora de Cristo debe entenderse en el conjunto de las llamadas misiones de las divinas personas. La misión de una divina persona importa que una persona divina procede a partir de otra y que empieza a existir de un nuevo modo en el mundo. Se distinguen las misiones en visibles e invisibles. Centralmente se considera la misión visible del Hijo en la encarnación redentora y luego la misión visible del Espíritu Santo en Pentecostés. Las misiones visibles de las



divinas personas se ordenan a la misión invisible de las divinas personas en el alma por la gracia que culmina en la visión beatífica. El Hijo o Verbo es hacia el Padre –por su divina relación de filiación-; y es hacia el E. Santo –juntamente con el Padre, por la relación divina de espiración-; su naturaleza humana se conforma a su persona divina asumente; y su persona divina de Hijo es realmente distinta e inseparable del Padre y del Espíritu Santo. Cristo por lo que es, habla, actúa y padece conduce al conocimiento de Sí, del Padre y del Espíritu Santo. Y a la unión con el Dios uno y trino. Las tres personas divinas vienen y se comunican a las creaturas racionales, y en cierto modo, al resto del universo. El Padre viene como principio no de principio. El Hijo como enviado por el Padre. El Espíritu Santo como enviado por el Padre y por el Hijo.

Dios se hace cargo de una manera muy inmediata del hombre en orden a su salvación eterna. Y así se constituyen los misterios de María, con su maternidad y corredención; y el resto del misterio de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. Esto importa un influjo en el resto del universo que se intensifica con el fin del mundo, cuando se constituyen el cielo nuevo y la tierra nueva (Ap.21, 1-5). ¡ La patria nueva y eterna!

### Conclusión

El valor es el bien. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo es el bien supremo y el supremo valor. Dios es el creador del universo. Fin último natural y sobrenatural de las creaturas. La encarnación redentora de Cristo importa una comunicación ad extra del bien divino. Y esta comunicación ad extra se extiende de otro modo a la Virgen María, por la maternidad divina y corredención y a otras creaturas racionales por la visión beatífica en el otro mundo y aún por la caridad en este mundo. Así se impone una suprema ordenación sobrenatural y cristiana del mundo; y el deber de no quedarse sólo con los valores creados; sino de recibir a Dios en sí y en su venida. El salirse de esta realidad y programa importa un receso pésimo que ordena hacia el infierno de un modo formal o en la anticipación que lleva en sí el pecado.

NOTAS

- (1) Joan Corominas, Breve diccionario etimológico de la lengua castellana, Ed. 3, Gredos, Madrid 1990.
- (2) Cf. Santo Tomás de Aquino, Summa Theológica, Ed. Marietti, Taurini Romae, 1948, III, 2,2.
- (3) Quaestiones Disputatae, De Veritate, Ed. Marietti, Taurini- Romae, 1964, 23,5 c.
- (4) Cf. Sagrada Biblia, Ed. Nacar-Colunga, BAC, Ex 3,14.
- (5) Cf. S. Tomás de Aquino, Summa Theol. Op. cit. I, 15: ib. 19,4; 14,8.
- (6) Ib. I, 105,5